

# CAMINO REAL DE TIERRA ADENTRO DURANGO. EL CAMINO PREHISPÁNICO

---

JOSÉ LUIS PUNZO



José Luis Punzo, arqueólogo, es investigador del Centro INAH Durango.

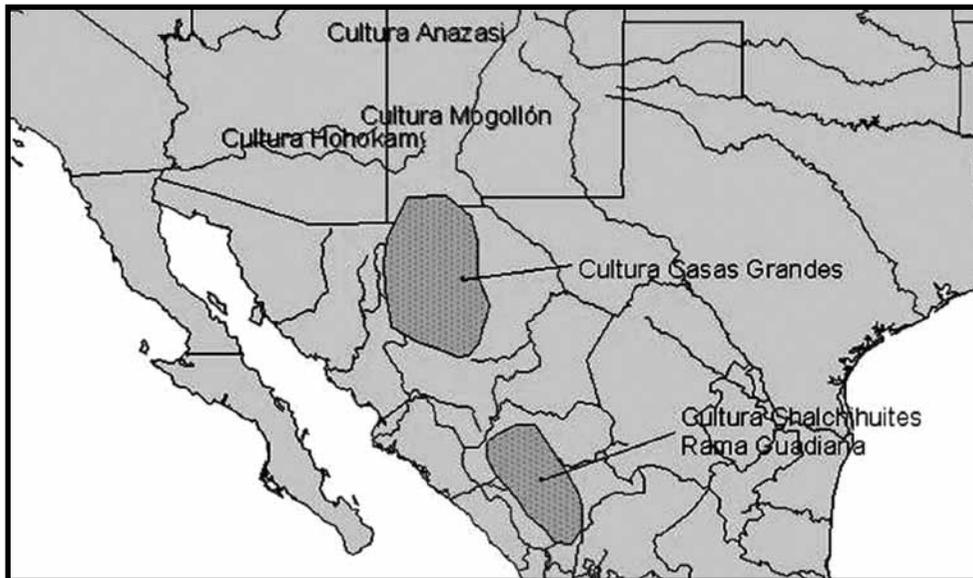
*¿Alguna vez existió un Camino de Tierra Adentro* en la época prehispánica? Si entendemos camino no necesariamente como lo pensamos hoy día, como una carretera o una vereda de terracería que une los grandes centros poblacionales de Mesoamérica con el Gran Noroeste, sino como una ruta por donde transitan ideas y objetos, la respuesta debe ser a todas luces afirmativa. La enorme cantidad de vestigios arqueológicos que encontramos a todo lo largo de la ruta vinculan a una y otra cultura y forman un continuo de rasgos culturales plenamente reconocibles.

En el presente artículo revisaremos a la cultura Chalchihuites, en su Rama Guadiana, que habitó, *grosso modo*, el territorio del actual estado de Durango. Este grupo formó una especie de frontera blanda, ventana, mejor dicho, un espejo durante la segunda mitad del primer milenio, donde se observaban, a ambos lados del espejo, dos tradiciones culturales: Mesoamérica y el Gran Noroeste.

¿Qué es lo que define un camino? En el caso de esta región, la geografía juega un papel fundamental por tratarse de una zona con abundante agua. Es así como los cursos de los ríos y sus fértiles vegas, además del ecosistema de pastizal, fueron claves en este desarrollo. Es importante mencionar que de los ríos que permiten este tipo de ecosistema en el camino al norte, son nativas algunas de las plantas más importantes para el desarrollo de la agricultura, como el frijol y el *teocinte* (el antecesor del maíz). De sur a norte iniciaríamos con los afluentes norteños del Mezquital-San Pedro, como los ríos Tunal y Saucedá que corren por el valle de Guadiana; los ríos de Santiago y Tepehuanes que van paralelos a la Sierra Madre, dan origen al Nazas y forman una gran cuenca endorreica, y el río Florido, que avanza al norte y continúa en el Conchos que se adentra en el desierto chihuahuense. Especial relevancia tiene el sistema de

pequeñas cuencas endorréicas del centro norte de Chihuahua, del cual destaca el Santa María y su laguna de Patos, y el Casas Grandes y la laguna Guzmán, que van paralelos a la Sierra Madre y se constituyeron en el soporte principal de lo que a la postre será la cultura Casas Grandes; al norte el río Mimbres, donde se asentó la cultura del mismo nombre y, finalmente, el río Grande que nos remonta hasta el gran altiplano de Colorado y las Rocallosas.

Desde mi punto de vista, la única explicación posible de las grandes rutas y caminos al norte, de los que ha hablado la arqueología desde hace muchas décadas, es que sólo pueden ser sustentados por la sucesión de sitios con potencial agrícola, basado en los ríos mencionados. Antes de hablar de comercio o expansiones demográficas, necesitamos hablar de acceso a la comida.



Pero, ¿existió un Camino Real de Tierra Adentro que uniera el lejano norte de los indios pueblo, con el centro de Mesoamérica? Esa pregunta se la han hecho prácticamente todos los investigadores que han trabajado en el norte de México y el suroeste de los Estados Unidos de América (EUA), quienes han llamado al camino de muchas maneras; la más lograda y trabajada es la Ruta de la Turquesa, propuesta por el doctor Phil Weigand. En el presente texto mostramos cómo algunos de los elementos de cultura material que se han localizado recientemente en el territorio de lo que hoy es el estado de Durango reflejan de manera importante este proceso histórico.

## UN POCO DE HISTORIA

En los pastizales del flanco este de la sierra Madre encontramos sitios arqueológicos con muestras de agricultura, con más de tres mil años de antigüedad. La aparición de la agricultura en el septentrión nos sugiere que la ruta de las praderas comenzaba a funcionar entre el sur y el norte, y que los pueblos de ambas zonas se empezaron a ver a través de un gran espejo, aunque hasta el día de hoy no contamos con suficientes datos sobre este periodo temprano.

Durante el mismo la tradición Cochise y la fase San Pedro, que va del 1500 al 200 a. C.,<sup>1</sup> se caracteriza por tener un utilaje lítico amplio, y por la aparición de puntas de proyectil tipo San Pedro. Este periodo se marca como el inicio de algunos desarrollos culturales en Durango. En concreto, para la sierra, Spence<sup>2</sup> lo considera como el origen de la cultura de los antiguos habitantes de esa región de Durango. De igual manera, Foster<sup>3</sup> afirma que los pobladores de Loma San Gabriel son portadores de dicha cultura.

Son pocos los materiales arqueológicos hallados en el Durango de este periodo. Solamente algunos fragmentos de puntas que no han sido identificados plenamente nos remiten a este tiempo. Sin embargo, a nivel iconográfico encontramos algunos sitios de arte rupestre en la sierra Madre que nos pueden remitir a esa etapa, en especial en el sitio de Piedra de Amolar 1.

Se trata de una serie de bandas paralelas que recorren prácticamente la totalidad del abrigo. Están conformadas por un horizonte rojo realizado con pequeños trazos muy cercanos entre sí, y una banda negra de similar ejecución. Dichos trazos parecen estar elaborados mediante una técnica de pintura digital: la alternancia de grosores de trazo y colores parecen dar un ritmo a la composición en su conjunto.

Los motivos deben ser previos a la segunda mitad del primer milenio, ya que están por debajo de otras pinturas relacionadas con la Cultura Chalchihuites; así, se abre una ventana muy interesante en cuanto a la discusión de la arqueología en Durango, ya que esto nos remite al periodo que abarcaría posiblemente la cultura Loma San Gabriel, propuesta por Michel Foster.<sup>4</sup>

Al revisar otros trabajos de iconografía, nos hemos podido dar cuenta de que este tipo de pintura es muy parecido al descrito por Schaafsma,<sup>5</sup> el llamado Chihuahuan Polychrome Abstract Style, estilo asociado al periodo arcaico (y a la Cultura Cochise), poco entendido aunque con una muy amplia distribución en prácticamente todo el suroeste.

<sup>1</sup> Véase Linda Cordell, *Archaeology of the Southwest*, Second Edition, Academic Press Inc., San Diego, 1997.

<sup>2</sup> Michel Spence W., "A cultural Sequence From the Sierra Madre of Durango, México", en: Riley L. Carroll y Hedrick C. Basil (Eds.), *Across the Chichimec Sea. Papers in Honor of J. Charles Kelley*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1987, pp. 165-269.

<sup>3</sup> Véase Michel Stuart Foster, *Loma San Gabriel: a Prehistoric culture of northwest Mexico*, University of Colorado, Boulder, 1978, y "The Weicker Site: A Loma San Gabriel Hamlet in Durango, México", en *Journal of field Archaeology* (vol. 13-1), pp. 7-20, Boston, 1986.

<sup>4</sup> Michel Foster, "The Archeology of Durango", en: Michel Foster y Shirley Gorenstein (Eds.), *Greater Mesoamerica*, The University of Utah Press, Salt Lake City, 2000, p. 197.

<sup>5</sup> Véase Polly Schaafsma, *Indian Rock Art of the Southwest*, School of American Research / University of New Mexico Press, Albuquerque, 1995, pp. 43-54.

Podemos entonces plantear dos hipótesis: la primera es que este tipo de pinturas fueron producto de grupos agrícolas “incipientes” Loma San Gabriel y herederos de la tradición Cochise; la segunda es que estos motivos los realizaron grupos dedicados a la caza-recolección. Los trabajos de Forcano y Soto sobre la Sierra de Durango<sup>6</sup> apuntan en este sentido.

En fin, el tema ha producido los más variados debates y a mi parecer es fundamental ampliar los trabajos sobre los periodos tempranos.

Hacia la mitad del primer milenio de nuestra era la ruta de las praderas se vuelve más clara en la zona Hohokam,<sup>7</sup> en el poblado de Snaketown,<sup>8</sup> Arizona. Es la primera gran concentración poblacional del Gran Noroeste. Se encuentra en el valle del río Gila, en pleno desierto, cuyas obras de irrigación permitieron conducir el agua del río a las labores de cultivo y así asegurar las cosechas, su característica más importante, lo que permitió el crecimiento de la aldea, que se constituyó en un pueblo con juegos de pelota, montículo circular y áreas de cremación, donde se han encontrado importantes ofrendas.

Existen indicadores tempranos que relacionan a Snaketown con Mesoamérica,<sup>9</sup> en especial con sitios de los actuales estados de Durango, Zacatecas, Guanajuato y Michoacán. La cerámica Hohokam de diseños muy pequeños que se repiten en toda la pieza se ha relacionado con la cerámica pintada de patrones similares Chalchihuites, cuyo origen se remonta a la tradición Chupícuaro, Morales y Loma Alta del occidente de Mesoamérica.

En arquitectura, la aparición de juegos de pelota en estos sitios,<sup>10</sup> hacia los años 800-950 d. C., es la adición más importante. Sin embargo, esta comunicación, como en todos los caminos, fue bidireccional y así cabe destacar un elemento iconográfico muy interesante, como lo es la presencia del flautista, conocido popularmente como Kokopelli, en el arte rupestre de Chihuahua, Durango y Michoacán. Lo anterior es muy importante en el marco de nuestra ruta, ya que la aparición de dichos elementos es contemporánea con la expansión Chalchihuites del clásico medio, hasta prácticamente el sur de Chihuahua.<sup>11</sup>

En los años 950-1000 d. C., en Snaketown, en las figurillas surgen, por primera vez, los “ojos de semillas de café”, que existen en diversas partes en México. Será hacia el año 1150 d. C. cuando las fuertes relaciones entre Mesoamérica y los Hohokam se pierden.

Pero regresemos en el tiempo y vayamos más al sur, a observar lo que estaba sucediendo en el extremo de la ruta. La cultura Chalchihuites se desa-

<sup>6</sup> Véase María de los Dolores Soto, “Subproyecto: cazadores-recolectores”, en: Informe de la Temporada mayo-junio 1995 del Proyecto “Investigaciones Arqueológicas en Hervideros, Durango”. Archivo Técnico de Arqueología, INAH, México, 1995; Martha Forcano, “Las pinturas rupestres de Potero de Cháidez, Durango”, en Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, Ma. de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (Eds.), *Nómadas y Sedentarios en el Norte de México; homenaje a la Dra. Beatriz Braniff*, UNAM, México, 2000, pp. 489-509.

<sup>7</sup> Las fechas más tempranas de Hohokam no están claras. El sitio más importante y más trabajado es Snaketown, pero desgraciadamente los fechamientos no son seguros. Lo que se menciona es que el desarrollo de la cultura Mogollón debió de ser similar al Hohokam, ya que los dos tienen su origen en la Cultura Cochise.

<sup>8</sup> Durante el periodo Founder, en el año 0 al 500 d.C., las fases Snaketown y Sweetwater marcan un cambio cultural con respecto de lo Mogollón. Lo que se cree es que durante este periodo fuertes influencias de México entraron en dichos sitios, creándoles un sello particular y alejándolo de la cultura Mogollón.

<sup>9</sup> Véase David Doyle y Suzanne Fish, “Prehistoric Villages and Communities in the Arizona Desert”, en: David Doyle, Suzanne Fish y Paul Fish (Eds.), *The Hohokam Village Revisited, Southwestern and Rocky Mountain*, Division of the American Association for Advancement of Science, Glenwood Springs, 2000, pp. 1-38.

<sup>10</sup> Linda Cordell, *Op. Cit.*, p. 201.

<sup>11</sup> Véase Christophe Barbot y José Luis Punzo, “Antiguos caminos en el noroeste duranguense: supervivencia de una tradición prehispánica” en *Trace, caminos de siempre (#31)*, CEMCA, junio de 1997, México; Patricia Carto, “Las rutas al desierto: de Michoacán a Arizona”, en: Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, Ma. de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (Eds.), *Op. Cit.*, pp. 91-112; Hers Marie-Areti, “La cultura chalchihuiteña: un antiguo camino de tierra adentro”, en Salvador Álvarez, Chantal Cramaussel y José Omar Moncada Maya, (Coords.) *Caminos y puentes en la Nueva España*, UNAM/ Colmich, México, en prensa.

<sup>12</sup> Marie Hers, "Los toltecas en tierras chichimecas", en *Cuadernos de Historia del Arte* (#35), IIE-UNAM, México, 1989.

<sup>13</sup> Es importante mencionar que incluimos el sitio de La Quemada, ya que para éste se ha identificado a la Cultura Malpaso, íntimamente relacionada con la Cultura Chalchihuites en su Rama Súchil, pero con características propias. Véase B. Jiménez, Peter F., y Andrew Darling, "Archaeology of Southern Zacatecas: The Malpaso, Juchipila and Valparaiso-Bolaños Valleys", en Michel Foster y Shirley Gorenstein (Eds.), *Greater Mesoamerica* University of Utah Press, Salt Lake City, 2000, pp. 155-180.

<sup>14</sup> Al respecto el Ing. Ricardo Sánchez, del INAH, tiene en curso un estudio sobre el uso de la amazonita y la turquesa en la región chalchihuites.

<sup>15</sup> No es este el sitio para abundar en la discusión de la Ruta de la Turquesa, pero se presenta a manera de hipótesis, que refuerza las grandes similitudes y elementos que comparten el área cultural Chalchihuites y el Suroeste de los EUA. Sobre las similitudes entre esas dos zonas es importante mencionar los trabajos de la dra. Patricia Carot, quien encuentra más de una a lo largo de toda la ruta desde Michoacán hasta Arizona. Véase Patricia Carot, 2000; Phil Weigand, "Minería prehispánica en las regiones noroccidentales de Mesoamérica, con énfasis en la turquesa", en Eduardo Williams y Weigand Phil. (Eds.), *Arqueología del occidente y norte de México*, Colegio de Michoacán, Zamora, 1995.

<sup>16</sup> Françoise Fauconnier, "Projet Sierra del Nayar; résultats des travaux menés par la Mission Archéologique Belge au Mexique", *Mexicon* (XIV-2), Berlin, 1992, pp. 24-30; Nadine Orloff, "Découverte d'un site à gravures rupestres dans la Sierra del Nayar (Mexique)", en *Journal de la Société des Américanistes* (tomo LXVIII), Musée de l'Homme, Paris, 1982, pp. 7-26.

rolló en los valles que flanquean al este la Sierra Madre Occidental, durante el primer milenio de nuestra era, a lo largo de los actuales estados de Zacatecas, el norte de Jalisco,<sup>12</sup> y Durango hasta alrededor del año 1300. Sus portadores poseían una clara filiación mesoamericana. Se puede dividir este gran corredor cultural Chalchihuites en dos grandes zonas: la primera, llamada también Rama Súchil, comprendería el norte de Jalisco y el norte Zacatecas, donde existe presencia chalchihuites desde la primera mitad del primer milenio y en donde se encuentran los sitios más conocidos,<sup>13</sup> como Cerro Cruz de la Boquilla, Altavista o Cerro Montedehuma; la segunda, de la que hablaremos de ahora en adelante, se ha denominado Rama Guadiana, en el actual estado de Durango, y floreció más tardíamente, entre los años 600 y 1300 de nuestra era.

El inicio de esta cultura es hacia el 600 d. C. y estaría caracterizado por la aparición de poblados chalchihuites a lo largo de los valles orientales, desde el valle de Guadiana hasta el Zape y el alto río Florido. Estos valles tienen en común una altitud sobre el nivel del mar de entre dos mil y mil 700 metros, en un ambiente semidesértico, que en las cercanías de los ríos puede sostener un desarrollo agrícola, y en su mayoría forman parte del sistema de cuencas endorréicas que corren paralelas a la sierra Madre, en el corredor de pastizales, al cual ya nos hemos referido.

Para entender un poco más de esta expansión Chalchihuites al norte, es necesario regresar un poco en el tiempo y bajar al sur zacatecano para observar una gran abundancia de piedras verdes en la región: turquesas y amazonitas.<sup>14</sup> La aparición de las piedras parece relacionarse con el uso frecuente de la ruta de las praderas, que corresponde con la llamada Ruta de la Turquesa que unía el centro de México con el suroeste de los EUA.<sup>15</sup>

Regresando a la zona duranguense, encontramos que hacia el año 600 d. C., durante la fase Ayala, aparecen por primera vez en el arte rupestre imágenes de flautistas, relacionados con una abundancia de cuadriláteros con diferentes motivos, los cuales pudieron ser claramente asociados con la cultura Chalchihuites.<sup>16</sup> En el arte rupestre de este periodo encontramos importantes similitudes entre Mesoamérica y el Gran Noroeste, particularmente en un sitio de la sierra Madre llamado Piedra de Amolar 1. Se trata de distintas escenas pintadas en roca, las cuales explicaremos.

La primera escena trata de dos personajes —en movimiento— danzando, con un escudo sostenido en la mano y tocados sobre sus cabezas. Los tocados

son diferentes en cada caso; uno tiene solamente un elemento, mientras que quien sostiene el escudo tiene dos. En la imagen está representada una línea a manera de piso, lo que es completamente atípico en el arte rupestre de la región (cabe notar cómo, además, ambos personajes mantienen contacto de una de sus extremidades con esa línea). Otro elemento relevante es la línea en zig-zag que divide a los dos personajes: se puede interpretar como una serpiente o una planta de maíz que nos hace recordar ritos y ecos del lejano norte en las mesas hopi.

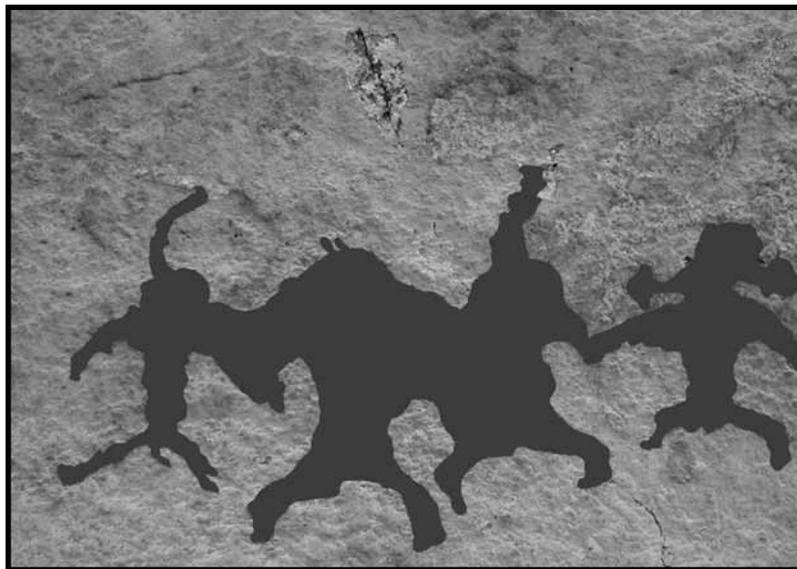


La segunda escena es igualmente interesante y nos marca una de las relaciones iconográficas más importantes con grupos que habitaron el suroeste de EUA. En ésta se presentan cuatro figuras humanas, al parecer dos mujeres y dos hombres tomados de las manos. Las imágenes masculinas presentan tocados similares a los de los danzantes anteriores, con un solo elemento, pero el tocado o peinado de las mujeres es de llamar la atención por la similitud con los llamados “peinados de mariposa” entre las doncellas hopi.

Cabe acotar que existen dos cuencos de la fase Basketmaker III (500-750 d.C.), que incluyen decoración pintada al interior y representan esta misma danza. Uno de estos cuencos proviene de Durango, Colorado, y el otro de Tohatchi, Nuevo México.<sup>17</sup> En ambos podemos apreciar alternado un personaje con un tocado con sólo un elemento sobre la cabeza, y otro con tocado de “mariposa”. Cronológicamente existe una correspondencia entre estos elemen-

<sup>17</sup> Linda Cordell, *Op. Cit.*, p. 250.

tos y los encontrados en el abrigo de Piedra de Amolar 1, en la Sierra Madre de Durango.



Asimismo, en este sitio encontramos dos escenas de procesiones. En la primera un personaje “jorobado” con un bastón y una especie de faldellín es precedido por otro que tiene las manos sobre sus hombros. El personaje que va al frente tiene sobre la cabeza un casco o sombrero que no hemos hallado en otros elementos (es importante mencionar también el faldellín, ya que lo observamos en otras figuras que se encuentran en el abrigo y en particular en uno de los flautistas, de los que vamos a hablar más adelante). La segunda es muy similar: se trata igualmente de dos personajes. Cabe señalar que no se encontraron rastros de pintura en la parte correspondiente a las cabezas.

Este tipo de escenas de procesiones es muy común en la iconografía arqueológica del suroeste de los EUA. Las representaciones de hileras de personajes se asocian al Chinle Representational Style,<sup>18</sup> durante la fase Basket Maker III.

En el sitio de Piedra de Amolar 1 encontramos tres personajes con una flauta, los cuales han sido llamados erróneamente Kokopellis, invento del *Folk del southwest* de los años treinta y cuarenta.<sup>19</sup> No obstante, la presencia de estos flautistas jorobados es muy difundida en el área de las cuatro esquinas de los EUA, apareciendo de manera sincrónica con los presentes en el área de Durango. Este elemento iconográfico enlaza fuertemente ambas regiones.

<sup>18</sup> Polly Schaafsma, *Op. Cit.*, pp. 122-126.

<sup>19</sup> Véase Malotki Ekkehart, *Kokopelli, The making of an icon*, University of Nebraska Press, 2000.

Se observan a dos flautistas. El primero presenta un tocado muy interesante conformado por tres elementos que, muy delgados en su base, forman especies de gajos. Estos parecen estar sobre un casco o sombrero, ya que parte de la cabeza se deforma ligeramente con respecto al resto. El cuerpo es muy sencillo, casi sin ningún detalle, solamente destaca una leve joroba y la ausencia de extremidades inferiores. La flauta del personaje es muy ancha en su cuerpo; tiene una terminación donde se adelgaza y ensancha, y una boquilla más delgada que no se encuentra en contacto con la boca del personaje.

El segundo flautista se halla de cabeza y enfrentado al primero. Destacan varias cosas: la cabeza del personaje no presenta ningún tocado o sombrero, se trata simplemente de un círculo no relleno, lo que lo particulariza con respecto al resto de los personajes antropomorfos. En el cuerpo no se encuentra nada particular (ausencia de joroba), pero en la parte inferior del tronco presenta un faldellín como el descrito en párrafos anteriores. Cabe destacar que las extremidades del personaje son muy largas y la flauta es muy simple y corta.

La imagen del flautista fue muy común en las distintas culturas del suroeste; está presente entre los Mogollón, los Hohokam y los Anasazi, sobre todo en Chaco Canyon y en el Cañón de Chelly. La primera imagen del flautista la encontramos en la fase Basket Maker III (500-750 d. C.), del tipo Chinle Representational Style (donde usualmente aparecen en pares o sentados). Es importante mencionar que sus característicos joroba y falo no aparecen hasta cerca del año 1000.<sup>20</sup> La continuidad en el uso de esta representación llega hasta tiempos actuales con los Hopi y Zuñi.

Regresando a la historia de los grupos Chalchihuites de la Rama Guadiana, el siglo noveno puede considerarse transitorio. El abandono de los sitios en el actual estado de Zacatecas y norte de Jalisco debió impactar en estos habitantes cuyo vínculo hacia el mundo mesoamericano al sur había quedado roto, por lo que encontraron una relación mucho más fuerte hacia la costa del Pacífico. Es un momento clave de la historia del septentrión, con la aparición de nuevas influencias y la aparición de casas en cuevas a todo lo largo de la sierra Madre.

Los pocos datos sobre casas en acantilado en Durango corresponden a esa época: aunque sin el atributo de puertas en "T", la Cueva de los Olotes tiene una fecha de ocupación de 1032 d. C. Este continuo de casas en acantilado avanza sobre la sierra Madre hasta Zacatecas, prácticamente hasta el estado de Jalisco.

<sup>20</sup> Polly Schaafsma, *Op. Cit.*, 1995.  
p. 122.

Al mismo tiempo, durante la fase conocida en Casas Grandes, Chihuahua, como Perros Bravos (950-1200), comienzan a aparecer sitios de casas en acantilado. La arquitectura de tierra en cuevas contiene una serie de elementos arquitectónicos compartidos con los grandes sitios Anasazi entre los que destacan por supuesto las puertas en “T”.

Más al norte, principalmente en el actual estado de Nuevo México, los Anasazi prosperaron. La cultura Pueblo floreció y surgieron las fases Bonito (Pueblo II Temprano) y Classic Bonito (Pueblo II), entre el 920 y el 1120, en la región de Chaco Canyon. Justo al norte, en la vecina región de Mesa Verde, durante la fase Pueblo III (1100-1300 d.C.) se alcanza el mayor desarrollo y se construyen muchos de los sitios tipo casas en acantilado. Al final de esta fase, en el extremo sur, ya muy cerca del territorio de la cultura Casas Grandes, se empieza a construir Gila Cliff.

Cabe recordar que los sitios Chalchihuites en Durango durante los años 900-1300 se encuentran aislados al sur, este y norte; están rodeados por culturas no agrícolas, y tienen un delgado hilo que los une con los desarrollos de Casas Grandes. Aquí es muy importante la Cultura Aztatlán de la costa de Sinaloa,<sup>21</sup> la cual avanza desde el río Piaxtla hasta la frontera con Sonora. El desuso de la ruta de las praderas parece casi total e inicia una nueva en la costa, que continuará hasta la ciudad de Paquimé. En ese momento aún parece existir una relación entre los grupos Chalchihuites con Paquimé: en recientes excavaciones en el valle de Guadiana se han localizado fogones de plataforma, aros de piedra, cerámicas y vestigios arquitectónicos que vinculan ambas zonas.

Este panorama parece perdurar hasta el siglo XIII, cuando un nuevo actor entra en escena: los tepehuanes, grupo que según estudios emanados sobre todo de la lingüística, llega por esta época desde el noroeste, portador de una cultura totalmente distinta, relacionada con los pimas.<sup>22</sup> Este hecho marca el completo desuso del Camino Real de Tierra Adentro.

Tras la caída del imperio mexica, las primeras incursiones españolas al norte, como la de Beltrán Nuño de Guzmán,<sup>23</sup> inician en el occidente de México y de ahí, guiados por antiguos relatos de riquezas y fabulosas ciudades a conquistar, continúan por la costa en el flanco oeste de la sierra Madre Occidental, y recorren el terreno que ocupaba la cultura Aztatlán; esas primeras expediciones a la ciudad de Culiacán tienen como punto de referencia una especie de Tombuctú en el septentrión de los territorios conocidos por los españoles. Una

<sup>21</sup> Sobre las relaciones entre el Complejo Aztatlán, la Cultura Chalchihuites y Paquimé, Michel Foster apunta hacia hipótesis interesantes. Véase Michel Foster, “The Aztalan Tradition of West and Northwest México and Casas Grandes”, en Curtis Schaafsma y Carroll Riley (Eds.), *The Casas Grandes World*, The University of Utah Press, Salt Lake City, 1999, pp. 149-163.

<sup>22</sup> Leopoldo C. Valiñas, “Lo que la lingüística yutoazteca podría aportar en la reconstrucción histórica del Norte de México”, en Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, Ma. de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (Eds.), *Op. Cit.*, pp. 175-208.

<sup>23</sup> Fausto T. Marín, *Nuño de Guzmán (Serie los Once Ríos)*, Editorial Siglo XXI/DIFOCUR, México, 1992.

idea de la importancia de este lugar la da el hecho de que ahí es donde culmina el largo viaje de Alvar Núñez Cabeza de Vaca desde la costa de la Florida.

Destaca que las expediciones españolas, y en especial la de Francisco de Ibarra,<sup>24</sup> haciendo caso de los relatos fantásticos de ciudades de oro y pueblos del Amazonas, llegan al altiplano desértico usando partes de ese antiguo camino norte-sur que funcionaba en otra época.

<sup>24</sup> Véase Lloyd J. Mechem, *Francisco de Ibarra y la Nueva Vizcaya*, UJED-Espacio Vacío, Durango, 1992.